

La promesa: De la muerte a la vida

La historia de lo que se conoce como la *'Aqedah* o la «atadura» de Isaac, ha conmovido, desconcertado e inspirado a teólogos, filósofos, moralistas y artistas. Se encuentra en el corazón de las tres religiones que reclaman la paternidad de Abraham. Para los judíos, la «atadura» de Isaac apunta al martirio judío. Para los cristianos, el sacrificio apunta a la cruz. Para los musulmanes, quienes creen que Ismael era el hijo del sacrificio, el acontecimiento se conmemora durante el Eid al-Adha (la fiesta del sacrificio) que simboliza el deber de la obediencia. El punto común de estas tradiciones religiosas es el énfasis en la muerte y el sufrimiento. Sin embargo, la historia bíblica trae un mensaje de vida y esperanza, reforzado por la alianza matrimonial de Isaac, que asegura la preservación de la simiente mesiánica.

La historia del sacrificio de Isaac se cuenta en términos hermosos y conmovedores. Comienza con un encuentro entre Dios y Abraham (Gén. 22: 1, 2). Sigue la conmovedora confrontación entre Abraham y su hijo, llena de preguntas y de silencios (vers.

3-10). Luego tiene lugar la espectacular intervención de Dios, iluminando el enigma del sacrificio (vers. 11-14). Finalmente, se da la promesa: Abraham será una bendición para todas las naciones (vers. 15-18). El cumplimiento de esta promesa comienza con la historia del matrimonio de Isaac, que se describe en los siguientes capítulos (Gén. 24-25: 11).

Dios llama a Abraham para que salga

El primer versículo de Génesis 22, la introducción de la historia, nos dice que «Dios probó a Abraham». Dios lo llama por su nombre: «¡Abraham!». El patriarca responde inmediatamente con una expresión que aparece tres veces en la historia: *hinneri*, «aquí estoy» (cf. vers. 1, 7, 11). Entonces Dios llama a Abraham a «salir» (vers. 2). Aquí se emplea la misma forma verbal *lek leka*, «vete», que se usó la primera vez que Abram escuchó el llamado de Dios en Ur de los Caldeos (Gén. 12: 1; cf. Gén. 11: 31). Estas son las únicas dos veces que se usa esta inusual expresión en la Biblia. Este «salir» se sitúa en conexión con el primer mandato de «salir» y aparece como una especie de prolongación de este. Abraham debe continuar el viaje que comenzó como Abram muchos años atrás. Pero ahora se le revela el destino del viaje: «La tierra de Moriah [...] sobre uno de los montes». El nombre de Moriah está cargado de un significado especial. Es el lugar donde Salomón construirá el templo (2 Crón. 3: 1; cf. 1 Crón. 21: 22-30). El llamado que Dios le hace a Abraham de «ir» debe entenderse en el contexto de la salvación de la humanidad, como lo señalaba el servicio sacrificial.

Padre e hijo

Dios le dice a Abraham «toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac a quien amas, vete» (Gén. 22: 2). Entonces «Abraham se levantó muy de mañana [...] tomó [...] a Isaac, su hijo [...] y fue» (vers. 3). Abraham responde de manera literal (vers. 3) al llamado de Dios

(vers. 2). Las palabras que describen su respuesta son las mismas empleadas por Dios y en el mismo orden. La primera acción de Abraham al comienzo de su viaje sugiere y anticipa su completa fe y sumisión al mandato de Dios. Hasta ahora, Isaac (como Abel) no habla, ni siquiera se mueve solo; simplemente fue tomado. Solo Abraham habla (vers. 5; cf. vers. 1) e inicia toda la acción. Abraham es activo, mientras que Isaac es pasivo. Su llegada al monte Moriah tiene lugar después de una caminata de tres días y se indica con la siguiente frase: «Alzó Abraham sus ojos y vio de lejos el lugar» (vers. 4).

Es solo al final del versículo 6 que se hace implícito el primer movimiento de Isaac, en la frase: «Y se fueron los dos juntos», que responde al llamado de Dios a ir. Esta frase enmarca el diálogo y el encuentro entre Isaac y Abraham, su padre (vers. 7, 8). El diálogo consta de preguntas sin respuesta y difíciles silencios. Cuando Isaac abre el diálogo con el primer *wayy 'omer*, «le dijo», no emite ninguna palabra. Isaac era consciente de que los sacrificios humanos eran una práctica común en su entorno cananeo, pero no se atreve a hacer la pregunta que en verdad le preocupa y le asusta: ¿Me va a sacrificar mi padre como lo hacen otros padres cananeos? La única palabra que finalmente sale de su boca es una pregunta: *'abi*, «¿Padre mío?». Esta frase no solo le recuerda a Abraham su relación particular de padre e hijo, sino que también abre la serie de preguntas al padre sobre el horror de su situación. Abraham responde con la frase clave que ya había usado cuando le respondió a Dios: *hinneni*, «aquí estoy» (vers. 1). Esta respuesta está en todo el centro de la estructura literaria del texto (Gén. 21: 31-22: 20).¹

Al mismo tiempo, Abraham se conecta con su hijo haciendo uso de la palabra *beni*, «hijo mío». Este término cariñoso busca restaurar la confianza del hijo. Ya más tranquilo, el hijo ahora se atreve a hacer la verdadera pregunta: «¿Dónde está el cordero?». La pregunta no es ingenua. Isaac sabe muy bien que no hay cordero.

1. Véase Jacques Doukhan, «The Center of the Aqedah: A Study of the Literary Structure of Genesis 22: 1-19», *Andrews University Seminary Studies* 31, nº 1 (Spring 1993), p. 26.

Su pregunta lleva implícita otra interrogante más terrible y angustiosa: «¿Soy yo el cordero?». Abraham no responde a la pregunta de Isaac; simplemente la elude con una vaga expresión de fe: «Dios proveerá el cordero». La frase que usa Abraham, *yir 'eh lo*, tiene la misma estructura gramatical reflexiva que la frase del llamado de Dios, *lek leka*, «ve tú mismo» o «ve hacia ti mismo» (Gén. 22: 2; cf. Gén. 12: 1). Este paralelismo entre las dos frases no es casualidad. Sugiere que *lek leka*, «ve tú mismo», de alguna manera se relaciona con *yir 'eh lo*: «Él se verá a sí mismo». Pero en este caso, la frase va seguida de la palabra *se'*, «cordero», que es una aposición, es decir: «Dios se verá a sí mismo como el cordero». En otras palabras, la clásica traducción: «Él proveerá» no transmite el mensaje extraordinario de Dios, quien se identifica a sí mismo como el cordero. Isaac, al igual que Abraham, dejan de hablar en ese momento; ambos están atónitos por la extraña revelación. Continúan en silencio mientras los dos «iban juntos» (Gén. 22: 8). La palabra «iban» cierra el diálogo, a la vez que responde al llamado de Dios a ir.

Abraham y Dios

El ángel del Señor, que es el Señor mismo (YHWH), Jesucristo preencarnado (véase Gén. 16: 7; 18: 1, 13, 22; Éxo. 3: 2, 4, 6, 7; Juec. 6: 11-22; 13: 3-22; Hech. 7: 30-34, 38), interviene en el último minuto para salvar a Isaac de la mano de Abraham. Nuevamente, Dios se dirige a Abraham por su nombre, pero esta vez lo pronuncia dos veces, debido a la presión del momento. Abraham responde de la misma manera: *hinneni*, «aquí estoy» (Gén. 22: 11). Este es el tercer y último *hinneni*, pronunciado aquí por Abraham en respuesta a Dios. La cadena de *hinneni*, «aquí estoy», sugiere una lección importante sobre la relación recíproca entre la experiencia vertical (de Dios y los seres humanos) y la horizontal (de los seres humanos entre sí):

1. *hinneni*, «aquí estoy»: la respuesta de Abraham a Dios (vers. 1)

2. *hinneni*, «aquí estoy»: la respuesta de Abraham a Isaac (vers. 7)

3. *hinneni*, «aquí estoy»: la respuesta de Abraham a Dios (vers. 11)

La construcción literaria contiene un mensaje importante que debe analizar toda persona religiosa que ama a Dios pero excluye a la humanidad, así como el humanista social que solo se preocupa por la humanidad. La calidad de la relación vertical (entre Dios y Abraham) depende de la calidad de la relación horizontal (entre Abraham e Isaac), que a su vez depende de la calidad de la relación vertical (entre Dios y Abraham).

La religión de Abraham no es una religión de violencia contra otros seres humanos. El Ángel del Señor lo detiene: «No extiendas tu mano sobre el muchacho [...] —y añade— pues ya sé que temes a Dios» (vers. 12). Abraham pasó la prueba (vers. 1). Dios sabe que le teme, no porque estuviera dispuesto a sacrificar a su hijo, sino porque ama tanto a Dios que ahora puede identificarse con su dolor y tener una medida de su extraordinario amor, que estaría dispuesto, por ese amor, a sacrificar a su Hijo (vers. 8). Desde la perspectiva del Nuevo Testamento, el padre Abraham, quien estuvo dispuesto a entregar a su único hijo, evoca a Dios Padre, quien «de tal manera amó [...] al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16).

Pero hay más. La expresión del ángel: «No me rehusaste [*jasaj mimenni*] a tu hijo» (Gén. 22: 12) la usa José cuando se refiere a la confianza de Potifar: «Mi Señor [...] ninguna cosa me ha reservado [*jasaj mimenni*] sino a ti» (Gén. 39: 8-9). La virtud reconocida por el Ángel en Abraham no es tanto su disposición a sacrificar a su hijo por Dios, sino más bien su disposición a confiar en Dios y a depositar su fe en él. Abraham confió tanto en Dios que incluso le confió a su hijo, no en el sentido de sacrificarlo para Dios, sino de confiar, por fe, que Dios se vería a sí mismo como el sacrificio (Gén. 22: 8).

Ahora bien, una frase que se usó anteriormente para indicar la llegada de Abraham: «Alzó Abraham sus ojos y vio» (vers. 13), se usa ahora de nuevo (vers. 4). La atención de la historia pasa entonces a un gran carnero que Abraham ofrecerá en lugar de su hijo, en lugar del «cordero» que Isaac esperaba. El carnero marca la llegada definitiva de Dios. El lenguaje de este pasaje se repite en el texto clave del Día de la Expiación, Levítico 16, donde también se ofrecía un carnero como holocausto (Lev. 16: 3, 5). El paralelismo entre los dos pasajes es sorprendente. Más que cualquier otro pasaje bíblico, este pasaje comparte el mismo lenguaje del texto del sacrificio de Isaac. Allí encontramos el mismo grupo de palabras: *'olah*, «holocausto» (Gén. 22: 13; cf. Lev. 16: 3, 5); *ra 'ah*, «aparecer», en la misma forma pasiva *nifal* (Gén. 22: 14; cf. Lev. 16: 2); *yiqqaj*, «tomó» (Gén. 22: 13; cf. Lev. 16: 5); y en particular, la frase «un carnero» (Gén. 22: 13; cf. Lev. 16: 5). Esta asociación entre el carnero de la *Aqedá* y el Día de la Expiación es de gran importancia en la tradición judía.² En el Día de la Expiación, los judíos aún recuerdan el carnero que sacrificó Abraham, cuando tocan el shofar, que es un instrumento hecho con el cuerno de un carnero.

Esta asociación se mantiene particularmente viva en la tradición de los judíos samaritanos. Hace años estuve en Israel, inmediatamente después de la Guerra de los Seis Días, y tuve la oportunidad de compartir con un amigo samaritano que me invitó a su casa. Su padre resultó ser el sumo sacerdote de la comunidad. Tuvimos conversaciones interesantes sobre sus tradiciones y sus raíces. Al final de la conversación, el sumo sacerdote comentó que quería mostrarme algo muy especial. Lo seguí hasta un lugar en la parte trasera de su casa; allí abrió un armario y sacó un enorme shofar. «¿Ves este shofar? —me preguntó—. Es el shofar que se toca en el Yom Kippur, el Día de la Expiación». Luego, añadió sin pestañear: «Este es el cuerno del carnero que fue sacrificado por Abraham». Por el tono de su voz y la forma en que me miraba, me

2. Ver Rosh Hashaná 16a

di cuenta de que creía firmemente en el increíble origen de ese shofar.

Para el autor bíblico, todo el acontecimiento del sacrificio de Isaac conduce al Día de la Expiación, el destino final del viaje (*lek leka*) de Abraham. En la ceremonia levítica, el Día de la Expiación tiene un significado cósmico. Ese día del año, todas las iniquidades (Lev. 16: 16, 21 [3 veces], 22, 30, 34) son juzgadas y expiadas por Dios.

Esta expiación total tiene un significado profundo y poderoso. La solución bíblica al problema del mundo caído es la creación de «nuevos cielos y nueva tierra» (Isa. 65: 17; cf. Apoc. 21: 1). Este fue precisamente el mensaje que entendió el profeta Daniel al leer el texto del sacrificio de Isaac, del cual extrae (Dan. 8: 3) y extrapola al Día de la Expiación escatológico (vers. 14). La confirmación se encuentra en las siguientes líneas, que detallan la bendición de «todas las naciones de la tierra» que tuvo lugar en Abraham (Gén. 22: 18).

Abraham y las naciones

Cuando el ángel del Señor llama a Abraham por segunda vez (vers. 15), repite la promesa que ya le había hecho en el primer llamado (Gén. 12: 3): «Tu descendencia se adueñará de las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra» (Gén. 22: 17, 18), una promesa que repetirá más adelante (Gén. 26: 4; 28: 14). Fijémonos que no es «en Abram» que se obtiene la bendición, sino en su «simiente». El texto se refiere aquí a la misma simiente mesiánica que se menciona en Génesis 3: 15; con el que comparte muchas formas gramaticales comunes y asociaciones de palabras y de pensamientos.

La promesa de que los descendientes de Abraham «se adueñarán de las puertas de sus enemigos», representa simbólicamente la promesa de la victoria de la «simiente» (*zera'*) sobre el enemigo. La profecía de Génesis 3: 15 también promete la victoria de la simiente mesiánica (*zera'*) sobre el enemigo. La bendición de

Abraham, que lleva implícita la victoria de la Simiente sobre sus enemigos, conduce a la bendición de las naciones a través de la Simiente (Gál. 3: 14-16). Esta interpretación es la que parece estar plasmada en la Epístola a los Hebreos, que aplica la bendición con la que concluye la *'Aqedah* (Gén. 22: 17; cf. Heb. 6: 14) al momento extraordinario del Día de la Expiación, cuando el Sumo Sacerdote puede penetrar «hasta dentro del velo» (Heb. 6: 19; cf. Lev. 16: 2, 15).

Por increíble que parezca, el matrimonio de Isaac continúa el mismo patrón que hemos estudiado hasta ahora. Cuando Rebeca responde positivamente a la invitación de Eliezer de seguirlo y casarse con Isaac, ella dice: *'elek*, «si, iré» (Gén. 24: 58), evocando el verbo que se usó cuando Abraham salió de Mesopotamia: *wayelek* «fue» (Gén. 12: 4). Al igual que Abraham, Rebeca se convertirá en matriarca de muchas naciones (Gén. 24: 60; cf. Gén. 12: 1-4) y «poseerá la puerta» de sus enemigos (Gén. 24: 60; cf. Gén. 22: 17). Gracias a la promesa que Dios le hizo a Abraham, la esperanza de la victoria sobre la muerte y el mal, así como la esperanza de salvación y vida eterna, resplandecen intensamente para toda la humanidad.